

El deslumbrante mundo de
Germán Marín

Un círculo sumamente vicioso

Cuando una novela tiene densidad literaria, trascendiendo los aspectos meramente narrativos y, a la vez, alcanza un espesor semántico, es tarea de cada lector consumir un acto de creación frente a ese texto. Eso ocurre, desde luego, en muy contadas ocasiones. Lo más frecuente es colisionar con escrituras convencionales, transitadas por la obviedad y por el lugar común literario. Son, por lo general, representaciones bastante lisas; prosas que no admiten la ambigüedad y, al no existir ambigüedad, es imposible que haya interpretación.

"Círculo vicioso", la segunda novela de Germán Marín (la anterior, "Fuegos artificiales", la había publicado en 1973), es un relato estructurado a partir de su provisionalidad; es decir, el autor nos advierte en muchas páginas que puede haber cambios posteriores, que la historia que está contando no sólo puede ser modificada en su estilo; también reelaborada en cuanto a los hechos. No en vano se trata de un ejercicio de la memoria. Así en la página 220 (y la cita es al azar) se puede leer: "A uno y otro lado de la entrada de la esquina, bajo una marquesina de hierro y vidrio un tanto abombada, brillaban relucientes unas abigarradas planchas de bronce con el nombre de Gath & Chaves en unas grandes letras. Nota: agrifadas según creo". Son las dudas

que le van surgiendo al narrador y que hablan muy claramente de que es una novela en construcción, cuyas bases quedan de manera constante al descubierto.

La intención de Marín es deliberada: es un juego que propone a través de toda la novela, como también es una incitación lúdica la abundancia de citas referenciales que atraviesa cada capítulo. Y, como si eso no bastara, hay otro elemento insoslayable: el diario del autor, en que se mezclan lecturas, estados de ánimo, depresiones existenciales, pero que de alguna manera está sagazmente conectado con el relato central, que es una saga familiar concretada a través de los recuerdos del padre del autor.

Pero falta aún otro personaje esencial de la novela: Venzano Torres, que oficia de prolijo comentarista de la obra, en especial en aquellas partes que precisan de ciertas aclaraciones. En una breve nota liminar se advierte que Torres, que vive en México y se dedica a la cría de caballos, es quien ha estado a cargo de la edición definitiva del extenso relato. Es, a no dudarlo, otro de los artilugios que utiliza Marín para hacer más ambigua la textualidad de las diversas historias que conforman "Círculo vicioso" y que coexisten con autonomía, a pesar de que el hilo conductor está perfectamente definido.



Llama la atención que Marín no se detenga en piadosos silencios para contar la existencia de sus antepasados inmediatos, que penetre con la minuciosidad de un entomólogo en vidas ajenas, sin dudas ni falsos recatos, pasando por encima de evidentes lazos sanguíneos. Sin embargo, al indagar con no poca ferocidad en la conformación familiar también se hunde visceralmente en la historia del país, en un período muy preciso: el que va más o menos de 1919 a mediados de los años 40. Marín no sólo va desgranando sucesos políticos, sino que todos los aspectos de la sociabilidad chilena están categóricamente documentados.

Es el *alter ego* de Marín, el mentado Venzano Torres, autor del cuento "Último resplandor de una tarde precaria" (antologado por Alfonso Calderón) y colaborador puntual del antiguo "Punto Final", quien da las claves más o menos visibles para internarse en el círculo vicioso, cuando dice en la página 11: "Es lo que Roland Barthes, al plantear la superación de los géneros, llamaba intertextualidad, ese espacio de la escritura donde el activo (ficción) y el positivo (crítica) se conjugan como equivalentes en una travesía en que el texto que avanza es invadido por su propia trama o, a veces, por su propia conciencia". Agreguemos a lo anterior lo que decía el escritor argentino Tomás Eloy Martínez: "Los géneros los confundo hasta en las sastrerías".

En el relato de Marín, donde confluyen todos los elementos ya señalados, está presente, además, el talento de la escritura, el espesor semántico del que hablábamos al comienzo. Se trata de una prosa que en determinados pasajes agobia por el talento y la inteligencia. Cada frase, a pesar de su fluidez, está trabajada con la habilidad de los que saben, lo que no es, ciertamente, nada de común en la literatura chilena, casi siempre pasible de descuidos e hiatos que destruyen sus posibilidades. Y para dar otro ejemplo del fulgor del lenguaje marinesco

volvemos a una cita hecha de una página, la 97, no premeditada: "Bajo el silencio que rodeaba a don Angelo, la única presencia que vivía en torno, independiente de aquella quietud, era el penetrante tufillo de bacalao o quizá de charqui, he olvidado el detalle, que emanaba de un cajón ubicado cerca de la bomba de aceite a granel". ¿No basta esa indicativa frase, puesta en la densidad descriptiva, para que el lector sepa con precisión que don Angelo (abuelo materno del autor) es un copioso almacenero italiano?

Se podrían multiplicar las citas para demostrar la excelencia de la escritura de Marín, pero no vamos a incurrir en ese exceso. Señalábamos también al inicio de estas notas que una narración compleja es un desafío para el lector. Supone un acto de creación, un rigor interpretativo. Es evidente que "Círculo vicioso" no encaja, no está en la onda, con las incursiones facilonas, levemente entretenidas, que imponen la moda y las editoriales y que pueden transformar un recetario de cocina en una novela de éxito mundial (con película incluida). Cuando el lector es un participante directo de la literatura de otro se ha logrado una comunión de intereses: se está en permanente discusión con el autor, se pasa de la perplejidad a la voluntariosa y necesaria (generalmente inútil) posibilidad del cuestionamiento.

Marín no ha escrito esta novela, la primera de una trilogía, por un reconcomio nostálgico: su calidad literaria le permitía asomarse y penetrar cualquier tema: también su imaginación. Si ha privilegiado la crónica familiar es tal vez por indagar, desprejuiciadamente, sus orígenes, a partir del abuelo italiano (menestrero) y del abuelo paterno (terrateniente en decadencia). Todo dicho, todo contado con un estilo impecable, con un rigor más que plausible ●